

¡Venga tu Reino!

25 de enero de 2016
Fiesta de la conversión de San Pablo

A los legionarios de Cristo

Muy estimados en Jesucristo:

Les escribo con un saludo y mis oraciones desde Roma, lugar del martirio de san Pablo, nuestro santo patrono. Como bien sabemos, él tuvo un encuentro personal extraordinario con Jesucristo en el camino hacia Damasco (cf. *Hch* 9). Dios –a quien Saulo buscaba con sinceridad por sus propios caminos– vino de improviso a su encuentro. Y la conversión de este hombre fue definitiva. Después, durante toda su vida, siguió profundizando en el misterio de Cristo, su Señor, de una forma admirable. Así se convirtió en un modelo de cómo ser apóstol en todos los momentos y circunstancias de su vida.

En la última parte de su vida, con la tranquilidad de quien se ha entregado totalmente a Dios, pudo recomendar a Timoteo, y a nosotros: «Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio. Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su manifestación» (*2Tm*, 4, 5-8).

Pensando en la vida y testimonio de san Pablo, escribo esta carta como continuación de la carta sobre la vida espiritual, fechada el 15 de septiembre pasado. Ahí les anunciaba ésta sobre la unidad que en nuestra vida debe existir entre la oración y la acción, es decir, entre la contemplación de Dios y nuestra entrega a la evangelización para promover el encuentro de las personas con Dios y su amor misericordioso. San Pablo –meditando, enseñando y predicando– pudo penetrar el misterio de Cristo como nadie en su tiempo. Además, experimentó vivamente la presencia de Dios en su vida, y con base en esta experiencia escribió sobre las inmensas posibilidades que existen en la relación de Dios con nosotros por la fe y la vida divina. La suya es una teología muy profunda que

seguimos desentrañando. Vivió su ministerio apostólico con pasión, respondiendo al llamado de Dios y confiando en Él. Fue misionero y evangelizador, acompañó las comunidades cristianas que había fundado con dedicación y un gran espíritu de servicio.

Pido a Dios que nos dé a los legionarios la gracia de ser sacerdotes identificados con Él en nuestro corazón y en nuestra vida, y apóstoles según su corazón, dedicados totalmente a Él y a la misión que nos encomienda, con un corazón misericordioso y desinteresado.

Deseo ofrecerles algunos consejos que pueden ayudar a ver la íntima relación que la contemplación tiene con la vida diaria y el apostolado para el religioso y el sacerdote y sobre cómo la vida apostólica necesita de la oración para encontrar su alimento y su sentido más profundo. La acción apostólica y la oración confiada se complementan y se necesitan mutuamente. La verdadera oración lleva a la misión y la acción apostólica lleva a comunicarnos con Dios para saber más de Él, para consolarnos y para pedirle la ayuda que necesitamos en nuestro ministerio.

1. Vivir en clave de diálogo amoroso con Dios y de transformación en Él

Desde el inicio de nuestra vida religiosa, al cruzar el umbral del noviciado, nos encontramos con el lema: *Christus vita vestra*, que está tomado de San Pablo: «Mi vida es Cristo» (cf. *Gal* 2, 20; *Flp* 1, 21; *Col* 3, 4), y está presente también en el Evangelio con otras formulaciones: «todo el que vive en mí y yo en él» (*Jn* 11, 26), «permaneced en mí y yo en vosotros» (*Jn* 15, 4). Esto lo supo bien la Virgen María, que es un ejemplo a imitar, ya que desde la anunciación entendió que su vida estaba comprometida con Dios, y que su vida sería un diálogo y una presencia continua de Dios. Todo lo meditaba en su corazón y de la oración pasaba a la vida: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 38). Por esto recomienda a los discípulos algo muy simple como clave de su vida: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5).

Para mantener la unidad de vida entre oración y acción, entre contemplación y entrega apostólica, es necesario ver nuestra relación con Dios como un diálogo continuo, una vocación en la que nuestra respuesta sólo puede ser la de la oración dominical: «Hágase tu voluntad».

En la oración personal, la iluminación de la inteligencia nos llevará, por acción del Espíritu Santo, a conocer su voluntad. La inteligencia del corazón nos llevará a querer de verdad lo que Dios quiere. La inteligencia de la vida accionará la conciencia religiosa y nos llevará a hacer «lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (*Rm* 12, 2). Somos personas consagradas a Dios. Nuestra vida no se debate tanto entre el bien y el mal, sino en el camino de identificación con Cristo, que por amor buscaba hacer siempre «lo que agradaba a su Padre» (*Jn* 8, 29).

En la liturgia de Navidad aparece una oración que es bellísima y de gran contenido teológico y espiritual. Pedimos a Dios: «Concédenos compartir la divinidad de aquél que hoy se ha dignado compartir nuestra humanidad» (Oración colecta de la misa del día de Navidad). La imagen y semejanza de Dios, don recibido con la existencia, se enriquece con la gracia de la filiación divina. La gracia de tener la vida teologal, verdaderamente divina, es una posibilidad para todos los cristianos, pero para nosotros –por nuestra condición consagrada y sacerdotal– se vuelve un imperativo. Así, la dimensión teológica de la vida, las virtudes teologales son y deben ser virtudes operativas, son para la acción. Para tener una vida religiosa fervorosa, son necesarias una fe viva y operante, una esperanza gozosa y una caridad ardiente.

El diálogo con Dios empieza con una gracia, con una luz que nos lleva a preguntarnos: «¿Señor qué quieres que yo haga?» (*Hch* 22, 10), sigue con la oración dialogada que nos hace percibir su voluntad, y termina con un *fiat* a la misión. Así, la oración nos envía a la acción y llena la acción apostólica de contenido evangelizador. Y esto vuelve a empezar todos los días con Dios, que está a la puerta y llama (cf. *Ap* 3, 20).

2. Vivir la vida religiosa como un culto amoroso a Dios

En el diálogo con Dios, nuestra vida se vuelve una ofrenda. Jesucristo fue al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar. Ofrecemos nuestra vida a Dios por los demás y también como ofrenda, que esperamos sea agradable. Nuestro altar es la vida religiosa donde vamos poniendo todo lo grande y lo pequeño, lo difícil y lo que nos gusta, nuestro apostolado y nuestros proyectos. Son para Dios, sólo para Él. Somos suyos para cooperar en el establecimiento del Reino de Cristo. Los votos son para el amor, para evitar los obstáculos que nos impiden amar con libertad. Esto sólo será real, si deseamos identificarnos con Jesucristo, casto,

pobre y obediente. Es una respuesta, es una elección, es un deseo, es un proyecto de vida. Quiero imitar a Cristo y por ello deseo ser casto, pobre y obediente. ¡Qué triste sería si los viviera como una imposición o como algo que soportamos con resignación! No, nuestra consagración nace del amor a Cristo, de un deseo profundo, y por lo tanto es también una súplica: «ayúdame a tener un corazón semejante al tuyo». «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el nombre, que está sobre todo nombre» (*Flp 2, 5-10*).

La castidad nos permite ver a Dios en todas las personas. A través de este voto queremos amar a todos como Dios los ama: desinteresadamente. Los sacrificios diarios, la huida de las tentaciones y de las ocasiones de pecado, el desapego de los afectos que nos dañan, constituyen un verdadero culto a Dios, una ofrenda que se entrega en el altar de nuestra vida consagrada.

La pobreza nos desapega de los bienes materiales, nos hace generosos. Nos hace ver las necesidades de los demás antes que las nuestras. Nos hace percibir la bondad de las cosas espirituales sin ofuscarnos con las terrenas. Nos permite ser espirituales. «Si hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba» (cf. *Col 3, 1*). El desapego y buen uso de las creaturas –incluido el tiempo– nos hacen pregonar el cielo que Dios nos tiene prometido.

Yo creo que la obediencia es el núcleo de la consagración a Dios: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (*Mt 7, 21*). En la medida en que avanzamos en la vida sacerdotal y religiosa nos damos cuenta con más claridad que la entrega de nuestra libertad es lo que más cuesta. Entregamos nuestra voluntad: «No se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú» (*Lc 22, 44*), y de alguna forma también nuestro modo humano y personal de ver las cosas: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (*Mt 16, 23*). La cultura imperante, individualista y narcisista, centrada en el *yo*, hace que sea difícil encontrar el camino que lleva a la vida. «Mis caminos no son sus caminos» (*Is 55, 8*). «Por eso me irrité contra esa generación y dije: Andan siempre errados en su corazón;

no conocieron mis caminos. Por eso juré en mi cólera: ¡No entrarán en mi descanso!» (Hb 3, 10-11).

El no desear puestos nos hace estar en el mundo como el que sirve, como soldados rasos: totalmente disponibles para Dios en el cumplimiento de la misión encomendada. María, la esclava del Señor, nos ofrece la pauta para dar la vida realmente, cada día, en el puesto y lugar que Dios con su providencia nos muestra, y también servir como buenos samaritanos a quien Dios pone providencialmente en nuestro camino.

La vida religiosa tiene mucho de ir por todo el mundo predicando, pero también tiene mucho de vida oculta, de silencio y sobriedad. Todo es parte de la imitación de Cristo, para gloria de Dios y salvación de las almas. El apostolado y la predicación no están contrapuestos ni con la oración, ni con la vida fraterna en comunidad. Pero se necesita de la meditación continua en el corazón para darnos cuenta de que todo en nuestra vida, es entrega de nosotros mismos y culto a Dios. ¿Cuántas cosas podemos poner conscientemente en la patena en el ofertorio de nuestra Misa diaria, cuántas lágrimas y gotas de sudor se pueden poner en el cáliz para participar un poco más en el sacrificio de Cristo?

3. Vivir con sentido de identidad religiosa y sacerdotal

En el Evangelio, los judíos preguntan al Bautista sobre su identidad (cf. *Mt* 11, 3; *Jn* 1, 22). También le preguntan a Jesús: «¿Quién eres? ¿Qué dices de ti mismo?» (*Jn* 8, 25). Sacerdote legionario, ¿qué dices de ti mismo? Cuando predicas, cuando aconsejas, cuando te ven por la calle, ¿dices con tu comportamiento, con tu palabra, con tu bondad, con tus actitudes lo que quisieras decir de ti mismo? Jesucristo, pasó haciendo el bien, hablando como nadie había hablado antes (cf. *Jn* 7, 46), amando a todos incluso a los enemigos y a los pecadores, dando la vida por todos (cf. *Jn* 10, 17). San Pablo lo entendió bien: «Me amó y se entregó por mí» (*Gal* 2, 20).

El genuino liderazgo espiritual y apostólico es fruto de una identidad sacerdotal y legionaria plena y se expresa en la entrega generosa y apasionada por las almas que nos han sido confiadas, en el entusiasmo con que vivimos nuestro apostolado, y en el convencimiento de nuestra vocación y misión.

Esto contrasta con nuestra fragilidad e incoherencias. Por esto la reflexión y el examen profundo y sincero sobre nosotros mismos y nuestra transformación en Cristo se vuelven oración de petición, de perdón y de súplica: «Señor ten piedad, aléjate de mí que soy un pecador, aumenta mi fe. Dame un corazón sacerdotal como el tuyo. Ayúdame a librarme de mis debilidades». También aquí la Virgen se vuelve una aliada que nos ayuda. A ella le podemos pedir su intercesión con confianza.

La carta a los hebreos nos señala nuestra vocación de intercesores: «Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados» (*Hb* 5, 1). Es aquí donde pensamos en las almas que nos han sido confiadas, en sus necesidades, en las oraciones que nos han pedido. ¿Cuánto necesitan nuestras almas a Dios? ¿Cuánto confían en nuestra oración? Son conscientes, seguramente sin pensar en la carta a los hebreos citada, que existimos para rezar por ellos. La acción apostólica que nos lleva a la oración, también nos debe llevar al sacrificio vicario. Nos entregamos por nuestras almas, nos sacrificamos por ellas. Nuestro esfuerzo por imitar a Jesucristo en la vivencia de las mismas virtudes que necesitan las personas a quienes servimos, nos lleva a ganar gracias para ellos en sus luchas concretas. Pienso en virtudes como la caridad, la castidad, la vigilancia, la oración, el desprendimiento de las creaturas... Lo necesitamos nosotros y lo necesitan ellos. Nosotros los acompañamos en sus luchas con nuestro consejo y también con las gracias que ganamos con nuestras luchas personales y nuestra oración.

Un lugar especial en nuestros corazones lo ocupa la familia. Ellos son padres y hermanos de un sacerdote. Aunque a veces se cumple el dicho evangélico de que nadie es profeta en su propia tierra, también es verdad que dependen mucho de nuestro testimonio. A través de nosotros, Dios se hace presente en sus vidas. Puede ser directamente por la predicación, el consejo, el testimonio, puede ser también por la oración y la intercesión. Y cuando se puede, celebrando los sacramentos para ellos. También existe el testimonio indirecto cuando nos ven entusiasmados, dedicados a nuestra misión y llenos de Dios. Todo esto es cierto también en el caso de nuestros amigos y de las personas con las que trabajamos. Su relación con Dios en parte depende de nuestro sacerdocio y de nuestra identificación con Cristo.

Nuestra identidad sacerdotal y legionaria nos debe acompañar en todos los momentos de nuestra vida. Siempre somos consagrados a Dios, le pertenecemos, le hemos ofrecido lo que somos y tenemos. Toda nuestra vida es de Dios. Todo nuestro tiempo es de Dios. Todas nuestras fuerzas son de Dios. Nuestro descanso y nuestra forma de descansar deben ser los propios de un religioso y de un sacerdote. Nuestra forma de hacer apostolado, debe ser sacerdotal y legionaria, así como el uso del tiempo, la urgencia de la misión y el dinamismo apostólico que nos deben caracterizar. La generosidad no es automática, se debe pedir, se debe buscar, se debe desear.

La liturgia de las horas nos ofrece una oportunidad especial para orar con la Iglesia y por la Iglesia, y también de unir nuestra oración con nuestra misión. En el rezo de las laudes y las vísperas tenemos una ocasión propicia para nuestras intenciones especiales, para interceder a Dios por las necesidades de las personas que nos han sido confiadas y sus peticiones, y por las gracias que necesitamos en la misión encomendada.

4. La vida fraterna es parte de la vida religiosa y de la misión

Santa Teresa encontraba a Dios entre los pucheros. Tenemos que aprender a encontrar a Dios en la vida fraterna en comunidad, en la convivencia, en el descanso. Encontrar a Dios en cada uno de los legionarios con los que convivo, especialmente en los de la propia comunidad y de manera particular si ejerzo el servicio de ser superior. Recuerdo muy bien un consejo de un confesor al inicio de mi vida sacerdotal. Mi primer destino como sacerdote fue ser superior en el centro de Cerro del Coto, entonces un centro de formación y apostolado de los consagrados en el que también vivían legionarios. Creo que todos, superiores y súbditos, nos hemos confesado de impaciencia. El confesor me dijo: «Piense que todos los que están en su casa, bajo su cuidado, han sido escogidos especialmente por Dios y Él no se ha equivocado. De alguna manera se los ha encargado a usted para que los ame como Él mismo los ama». Fue un consejo «duro, a la cabeza y al corazón». También he sido enviado a los miembros de mi comunidad y de mi localidad. Soy en parte responsable de su santidad y perseverancia.

En comunidad hago apostolado con mi oración, con mi servicio y sobre todo con el testimonio de una vida santa. Ejerzo mi ministerio con un amor paciente y misericordioso. Ayudo a cada uno dialogando y escuchando, siendo simplemente

un hermano y un amigo (cf. *CCG 2014*, n. 55). También ayudo a mis hermanos con lo que necesitan en su ministerio. La misión de establecer el Reino en una localidad es una misión común.

Edifico el Reino cuando Dios está presente en la comunidad por el amor mutuo que nos hace distinguirnos como discípulos suyos: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn 13*, 34-35).

Es verdad que vivimos con un ritmo apostólico intenso, es verdad que tenemos muchos compromisos y que hay complicaciones objetivas para vivir la vida fraterna en comunidad como a veces quisiéramos e imaginamos. Pero es también verdad que la vida comunitaria es el primer ámbito donde vivimos nuestra vocación sacerdotal y religiosa. Es el primer lugar donde edifico la Legión, donde hago Iglesia. No me preocupan las dificultades objetivas que existen, me preocupan las dificultades subjetivas, cuando hay individualismo, cuando falta la disposición de servir, cuando no nos preocupamos de ser testigos de Cristo en nuestra propia casa.

Estamos en un camino nuevo donde los proyectos comunitarios, las adaptaciones a los tiempos y lugares nos abren posibilidades (cf. *CCG 2014*, n. 74-76). Pero debemos querer encontrar a Dios en la comunidad, en mis hermanos, y en cooperar con medios y actitudes para que se construya una comunidad fraterna.

Encontramos a Dios al rezar juntos. Lo hacemos presente al perdonarnos. Dios se vuelve el centro de la comunidad cuando oramos y cuando perdonamos. «Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Pedro se acercó entonces y le dijo: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?” Dícele Jesús: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”» (*Mt 18*, 19-22).

La alegría de una comunidad es la garantía de la posesión de Dios. Una comunidad alrededor de Cristo Eucaristía revive el misterio de Cristo que se retira a un lugar apartado, celebra el misterio de la entrega total por la salvación de las almas, enseña a sus discípulos y los vuelve a enviar al mundo como el que sirve.

5. Vivir la vida en clave de misión según nuestro carisma

Nuestro apostolado empieza en casa, pero se desarrolla principalmente en la misión encomendada. «Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos, por todos» (*Jn* 15, 13). Esto se traduce en: amar más a Dios, y amar a todos como Dios los ama, con un corazón puro, con un corazón desinteresado.

Estamos invitados a ver la vida en clave de misión: sabernos evangelizadores, concebarnos como pescadores de hombres, comprometernos como testigos de la presencia y del amor de Dios entre los hombres.

Estamos llamados a ser proactivos: la misión también es un proyecto donde ponemos todos los dones de la naturaleza y de la gracia (cf. *CLC*, n. 34) para hacer que Jesucristo sea conocido y amado. Y así esté presente en el corazón de las personas. Sabernos instrumentos, pero instrumentos inteligentes, generosos, libres. Instrumentos para que Dios venga a los corazones de las personas, especialmente los que con su vida y apostolado puedan influir en otros (cf. *CLC*, n. 4). El que se sabe instrumento piensa inmediatamente en el artista que usa el instrumento. El apóstol piensa en Dios que lo envía y acompaña. El Reino de Cristo es como una cadena humana –que empieza en Dios– que va teniendo nuevos eslabones y que se hace más bella, más grande, más eficaz cuando más se transmite la gracia. Los viajes de San Pablo son elocuentes. Fundaba comunidades y dejaba en ellas a personas que se encargaran de continuar lo que él había empezado. La Iglesia primitiva se desarrolló por este camino de la formación y lanzamiento apostólico de personas que se enamoraban de Cristo y estaban dispuestos a dar la vida por Él.

Es lo que dice el número 4 de las Constituciones:

«En su misión de formar apóstoles, líderes cristianos al servicio de la Iglesia, los legionarios hacen presente el misterio de Cristo que reúne en torno a sí a

los Apóstoles, les revela el amor de su corazón, los forma y los envía para colaborar con Él en la instauración de su Reino (cf. *Mc* 3, 13-14; *Mt* 10, 5-10; *Mt* 28, 18-20)⁷. Por ello:

1.º promuevan la plenitud de la vocación bautismal, buscando el crecimiento espiritual, la formación integral y la proyección apostólica de hombres y mujeres, entre ellos miembros del *Regnum Christi*, que estén llamados a desarrollar y ejercer su liderazgo al servicio de Jesucristo, quien transforma la vida personal, familiar, profesional y social de todos los hombres;

2.º junto con ellos establezcan las instituciones y emprendan las acciones que más contribuyan, en profundidad y en extensión, a construir el Reino de Cristo en la sociedad, y a salir así al paso de necesidades de la Iglesia universal y particular, en comunión con sus Pastores y según el carisma propio;

3.º ejerzan su ministerio pastoral principalmente en los campos del anuncio de la fe, la educación, la evangelización de la familia, de la cultura y de los medios de comunicación social, la animación de grupos juveniles, la formación del clero y la promoción de la justicia, la caridad y la solidaridad con los más necesitados; así como en la atención espiritual y formación de los miembros del *Regnum Christi*».

Este número tiene un gran contenido vocacional. El ejercicio de la dirección de las almas –sea en la confesión, sea en la dirección espiritual, sea en la predicación y en la enseñanza– nos lleva a buscar depositar la buena semilla en los corazones, nos lleva a preparar la tierra para que reciba la palabra y nos lleva a acompañar a las personas en la entrega que Dios les pide. El discernimiento necesario en la dirección y acompañamiento de ellas nos debe llevar a la oración, a pedir prudencia al Espíritu Santo para poder ser guías luminosos de las personas que Dios nos confía.

6. Vivir la vida en clave de Providencia y como verdadera historia sagrada

«Jesús se acercó a ellos y les habló así: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes* bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado*. Y he aquí que *yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*”» (*Mt* 28 18-20).

«Y les dijo: “*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*”. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. Estas son las señales que acompañarán a los que crean: *en mi nombre* expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien”. Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. *Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos* y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban» (Mc 16, 15-20).

«Y, entonces, *abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras*, y les dijo: “Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y *se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones*, empezando desde Jerusalén. *Vosotros sois testigos de estas cosas*. Mirad, y voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto”. Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. *Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios*» (Lc 24, 45-53).

«Jesús le respondió: “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? *Tú, sígueme*”. [...] Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero. Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» (Jn 21, 22.24-25).

Aunque parezca repetitivo y redundante, he citado el final de cada uno de los evangelios porque son indicaciones que tienen algún matiz particular y se complementan. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles describe cómo los apóstoles cumplieron su misión –que habían aprendido de su Maestro– y cómo lo imitaron en su entrega al Padre hasta dar la vida.

Soy instrumento en manos de Dios, soy un eslabón débil, un puente frágil, un sacerdote indigno, pero necesario en la evangelización por designio de Dios. Dios en su Providencia cuenta conmigo, me hace parte de la historia de la salvación desde el mandato universal a la evangelización citado arriba, hasta en

las disposiciones más concretas del ministerio a quienes perdonen..., haced esto en memoria mía..., dadles vosotros de comer..., apacienta a mis ovejas..., seréis pescadores de hombres...

Jesucristo conoce nuestra fragilidad y por esto promete que se queda con nosotros, que nos da su poder, que nos acompaña en nuestro ministerio. Él es quien salva, somos simples instrumentos. Tenemos que buscar su presencia y su gracia. La frecuencia en el sacramento de la reconciliación, y la vida eucarística nos capacitan enormemente para la misión: «sin mí nada podéis hacer» (*Jn 15, 5*). Es un misterio inmenso que Dios se identifique con nosotros: «el que a vosotros recibe a mí me recibe, el que a vosotros escucha a mí me escucha» (*Mt 10, 40*), «así como el Padre me envía así los envío yo» (*Jn 20, 21*).

Nuestra vocación y misión hacen a Dios y su Providencia presentes en el mundo. Se realiza la Redención a través de las mediaciones humanas. Meditar en el sacerdocio, en que llevamos un tesoro en vasos de barro, se vuelve una necesidad.

7. Vivir lo que pueda haber de sufrimiento en nuestra vida en clave de cruz

El sufrimiento y el dolor están presentes en nuestras vidas, en la de nuestras familias y en la de nuestras almas. La fragilidad está presente. El pecado también está presente. La contemplación de Jesucristo crucificado nos ayuda a entender nuestro ministerio y también a interpretar la realidad en que vivimos. Ver nuestra vida desde el momento culminante de la vida de Jesucristo nos permite asociarnos a Él en el misterio de la redención de forma consciente.

El sufrimiento en cualquiera de sus formas es algo presente todos los días en la vida de la inmensa mayoría de las personas. A los cristianos, y sobre todo a los religiosos y sacerdotes, nos ha sido dada la gracia de vivir la unión con Cristo crucificado de manera consciente y vicaria. Dijo el Papa Francisco el 6 de marzo de 2014 «No podemos pensar en la vida cristiana fuera de este camino. Existe siempre este camino que Él hizo primero: el camino de la humildad, también el camino de la humillación a sí mismo, para luego resurgir. Éste es el camino. El estilo cristiano, sin cruz no es cristiano, y si la cruz es una cruz sin Jesús, no es cristiana. El estilo cristiano toma la cruz con Jesús y va adelante. No sin cruz, no sin Jesús».

Vivir conscientemente, espiritualmente, lo que hay de sufrimiento en nuestra vida es un gran motivo de esperanza, porque el sufrimiento –del tipo que sea– tiene un sentido, se puede meter dentro del gran río de la gracia por el cual la Providencia nos va preparando a la vida eterna. San Pablo lo entendió a la perfección: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1, 24*). «Así la muerte actúa en nosotros, más en vosotros la vida» (*2Cor 4,12*).

No me puedo detener a analizar todos los tipos de sufrimiento que podemos tener en nuestra vida sacerdotal y religiosa, pero tenemos la inmensa gracia de poder vivirlos junto con Jesucristo, unidos a Él, ofreciéndolos, y también dando y recibiendo consuelo del mismo Jesucristo, de la Virgen al pie de la Cruz y de los que sufren con nosotros. Por otra parte, la misión de ser “cirineo” para el sacerdote no se acaba nunca. La meditación en la Pasión y muerte de Jesucristo y el rezo meditado del *Via Crucis* nos debe ayudar a vivir con Cristo nuestras cruces y ayudar a otros a sobrenaturalizar las suyas para vivirlas con y por Cristo.

8. Vivir con esperanza porque creemos en la resurrección

El misterio pascual es muerte y resurrección. El misterio de Cristo no termina en la muerte, ni siquiera termina en la resurrección. Sigue. Él está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. El Espíritu Santo que nos ha sido dado actúa sobre nuestra mente, nuestro corazón y nuestra conciencia para que podamos ser discípulos y misioneros.

La alegría, el optimismo, el entusiasmo que nos debe caracterizar está sólidamente fundado. «Sé en quién he creído» (*Tim 1, 12*). Tenemos que estar dispuestos como pide San Pedro para dar a todos testimonio de nuestra esperanza: «Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo» (*IPed 3, 15*).

Las promesas de Jesucristo que nos garantizan su presencia entre nosotros son innumerables. El triunfo de Cristo ya es real, nuestro triunfo está garantizado porque la gracia es más poderosa que el pecado. El amor misericordioso de Dios está siempre presente.

El sacerdote es un apóstol de la redención, un misionero de la misericordia, un testigo de la resurrección, un portador de esperanza. No son pocos los momentos en que Jesucristo nos reclama nuestra poca fe en el poder de su presencia. Se sorprende de la poca fe de Pedro porque la debía tener: «hombre de poca fe por qué dudas» (*Mt* 14, 31), y se admira de la mucha fe del centurión: «no he encontrado en Israel una fe tan grande» (*Mt* 8, 10).

La resurrección de Cristo y la promesa de la nuestra, además de la certeza del amor de Dios en nuestra vida, nos deben convertir en sacerdotes felices, apóstoles celosos, testigos de la alegría de tener a Cristo en el corazón. La alegría contagiosa es un gran servicio comunitario y vocacional. Creo que se debe afirmar que los sacerdotes tenemos la obligación de ser personas felices. Es una gracia que se debe pedir, pero también cultivar por la presencia de Dios en nuestra vida y la inmensa satisfacción de estar cumpliendo la voluntad del Señor.

Termino la carta poniendo nuestra vida y nuestro apostolado en manos de María, Madre de los apóstoles, Madre de los sacerdotes, Madre nuestra. Ella acompañó a los apóstoles en su ministerio con su compañía y con su intercesión. Ella cooperó de manera incomparable en la Iglesia naciente y estamos seguros de que su presencia intercesora y providente, sigue influyendo de manera decisiva en la historia de la salvación y en nuestra propia vida y apostolado. A ella podemos encomendar con confianza nuestra perseverancia al despedirnos en la noche y confiarle nuestra misión en el *Regnum Christi* cada mañana.

Los encomiendo en mis oraciones y les pido las suyas,